

Se llamaba Radhamés. Su madre, una dominicana tierna y soñadora, le había puesto ese nombre en honor a *Ramfis*, el hijo de Trujillo, famoso por su belleza y no tanto por sus perrerías- entre las mujeres dominicanas. Él, sin embargo, era escritor, y se avergonzaba de la anécdota de su bautizo. Yo le conocí en el Centro Español de Santiago de los Caballeros. Mi tío es uno de los fundadores, y como sabía que el escritor santiagués solía pasarse por ahí, organizó una comida en la cafetería que colindaba con la piscina para que yo pudiera conocerle. Pasó inadvertido a mi lado, y eso me pareció buena señal. Uno tiene que confundirse con la gente que le rodea; cuando hay dificultad de disolución, es porque existe alguien que tiene algún grumo interior, y la impresión no es buena. Pero el caso es que Radhamés -*Ramfis* como yo le llamaba en broma desde que conociera su peculiar historia- era bello y no solo eso. Tenía dos ojos grandes y oscuros, que parecían haber olvidado su belleza. Eso te hacía gracia; podías reírte con él y eso lo hacía más atractivo porque apelaba a tu inteligencia para que te gustara. Poseía, además, dos cejas bondadosas que movía con cierta presunción. Podía permitirse ser sexy. Era inmune a la tontería, y de ese modo, gozaba de libertad para dejar que la débil luz de su cuerpo de café triste u hoja de tabaco sobresaltara con esa suavidad exquisita, porque él era exquisito. Como los manglares inundados de lluvia, como el cálido humo de las chimeneas en invierno, como la tierra entera. Él era bello porque te permitía ver la tierra, mirar al cielo y sentir esa zambullida azul, gozar del crecimiento de un árbol, acariciar con la mirada la paz vulnerable de los niños. Pero habrá que decir algo de él. Su boca era una escultura de azúcar. Su cansancio reconfortaba. Y su calor era el del fuego del hogar de su familia. Nadie había más alto para Ramfis que la constelada mulata que le había llevado de la mano de pequeño. La anécdota del hijo de Trujillo era otro bien familiar más, una extravagancia de la madre que todos acogían con cierta sorna. Las manos de Radhamés tocaban, pianos invisibles sobre las mesas de los restaurantes.

Ramfis era, entonces, un hombre con hogar en su interior, y ése es el más bello de los hombres. También tenía camisas que eran pedazos de cielo, confeccionados por una mano experta, el perfume que deberían llevar las nubes al morir sobre el mar, y la voz de los cuentos y las civilizaciones. Su cuerpo era el de un delfín entrevistado, y su corazón el pétalo más frágil de la tierra. Daba miedo tocar a Ramfis sino era con la vista. Todo el mundo corría el riesgo de corromperse si perturbabas su belleza, su serenidad, su tranquilo paso por el mundo. Llevaba consigo amaneceres para ojos limpios y esa calma infantil del aula de matemáticas. El oro de los Incas no era más valioso o entrañable que el mandil de una vieja ama de casa para Ramfis. Y respecto del jardín, que suele dar muchas metáforas a los lindos escritores a la hora de describir la belleza de las personas, Ramfis no dejaba que las rosas o las bugambilias, las azucenas o los tulipanes, se enredasen en las piernas de una mujer joven y le impidiesen caminar.

COMENTARIO:

No cabe duda de que se trata de un muy buen inicio de cuento, porque genera rápidamente la intriga, la necesidad de saber qué es lo que ocurre con un personaje de nombre tan extravagante (aunque esté explicado el motivo de tal nombre) y del que parece emanar un aura de misterio que Alejandra lleva con destreza, con un lenguaje muy plástico y con acertadas observaciones. Acertadas como suelen serlo en la literatura, es decir persuasivas :«Uno tiene que confundirse con la gente que le rodea; cuando hay dificultad de disolución, es porque existe alguien que tiene algún grumo interior.» Alejandra maneja un lenguaje muy poético, cargado de imágenes y que, por eso mismo, puede resultar en este caso, algo sobrecargado. Quizá el énfasis poético podría equilibrarse un poco poniendo en marcha un mínimo motor de intriga sobre qué es lo que hace Ramfis, que lo podamos ver caminando, conversando con la narrador protagonista, tomándose un café, a fin de que no se disuelva el personaje en su mera descripción física y a veces más etérea, y lo podamos ver de carne y hueso. Puede que así, el personaje nos resulte más persuasivo, como el estupendo inicio nos hace entrever: alguien que casi tiene la desgracia de ser bello, un escritor tímido y señalado por la burla de llevar un nombre estrambótico. Si se diluyera algo esa parte poética en aras de una descripción más cotidiana (un equilibrio entre ambas, se entiende) quizá el texto ganaría mucho porque se le traería a un ámbito doméstico donde la belleza destaca más que como mera hipérbole.